

STEVEN SAVILE

LA PLATA DE
JUDAS



LOS HEREDEROS DE JUDAS ISCARIOTE HAN REGRESADO.
DISPUESTOS A CAMBIAR EL CURSO DE LA HISTORIA

En el año 33 d. C. Judas Iscariote protagonizó la traición más famosa de la Historia, por la que fue recompensado con treinta monedas de plata. Sus nietos, pertenecientes a la secta de los Sicarios que alentó el suicidio colectivo en Masada para no caer en manos de los invasores romanos, fundieron una daga con aquellas monedas. Pero ¿realmente las cosas sucedieron como nos las han contado?

Casi dos mil años después, un terremoto en las excavaciones arqueológicas de Masada sacará a la luz una misteriosa daga de plata y un manuscrito escrito por Menahem ben Jair, el nieto de Judas. Es el preludio de una serie de suicidios colectivos y asesinatos en masa que sacudirán las principales capitales europeas, la cuenta atrás de una conspiración global capaz de destruir la Iglesia Católica. Solo el equipo Ogmios, un grupo secreto de la inteligencia británica, puede evitarlo. Y tendrá que hacerlo en cuarenta días y cuarenta noches.

Cuarenta días y cuarenta noches de terror global.

Capítulo 1

Momentos de odio

El Edén tenía una serpiente. El Huerto lo tenía a él. Había en ello una belleza quebrada, una curiosa simetría. La serpiente había incitado a aquella primera traición con palabras melosas, con el fruto prohibido, y con eso, el pecado original en los labios del primer hombre débil. La traición se había justificado con la excusa del amor, de nuevo en los labios, y se había sellado con un beso. Ambas traiciones habían duplicado su fealdad por la belleza del entorno. Aquella era la agonía del Huerto.

Iscariote sintió en la mano el peso de la plata. Era mucho más pesada de lo que deberían ser unas pocas monedas. Pero es que eran algo más que unas monedas, ¿o no? Eran una vida comprada con plata. Eran su culpabilidad. Cerró el puño y apretó en la mano la vieja bolsa de cuero. ¿Cuánto valía realmente una vida? Había pensado mucho en eso en las horas posteriores al beso. ¿Era el peso de las monedas lo que lo había evocado? ¿O los clavos de hierro que habían rematado todo en la cruz? ¿O la carne que había quedado como carroña para los pájaros? ¿Todas esas cosas? ¿Ninguna de ellas? Quería creer que era algo más espiritual, más honrado: el impacto que la vida tenía en todos quienes lo rodeaban, la suma de lo bueno y lo malo, en hechos y en pensamientos.

—Tómalo, te lo ruego —le alargaba la bolsa al campesino—. Vale cinco veces más que la tierra... o más.

—No quiero tu dinero, traidor —gritó el hombre y escupió hacia el polvo entre sus pies—. Ahora, vete.

—¿A dónde puedo ir? Estoy solo.

—A cualquier sitio lejos de este lugar. Adonde no te conozcan. Si yo fuera tú, me iría al templo y trataría de volver a comprar mi alma —el hombre se dio la vuelta y se alejó, dejando a Iscariote solo en el lugar—. Y si eso no vale, me abandonaré a la misericordia de Dios —añadió sin girarse.

Iscariote siguió la mirada del hombre hacia el único y ennegrecido árbol cercano. Lo había herido un rayo hacía años partiéndolo en dos. Sus leñosos intestinos estaban al aire, pero aún quedaba una buena rama para colgarse que le estaba llamando, dibujándose contra el cielo oscuro.

Arrojó la bolsa contra el árbol siniestro. Esta se rompió al dar contra el suelo, desparramándose las monedas. Un instante después estaba recogiendo y llorando. Lloraba no ya por el hombre a quien había traicionado, sino por el hombre que él había sido, por el que podía haber llegado a ser. Se quedó luego tumbado allí mientras el sol se ponía, deseando que le achicharrara las carnes y calcinara sus huesos, pero la aurora llegó y él estaba vivo.

Bajo el castigo del sol entró tambaleándose por las puertas de Jerusalén y vagó por sus calles durante horas. Su cuerpo gritaba en forma de sudor que el aire absorbía. No había perdón a su alrededor. Nadie le miraba, pero es que él no quería mirar ni a su sombra, que se alargaba ante sí. ¿Por qué entonces iban a mirarle? Se merecía el odio de los demás.

Miró hacia el cerro de la crucifixión. Creyó ver la sombra de la cruz, oscura entre la hierba. Hacía horas que los soldados habían bajado los cuerpos. Las únicas sombras que quedaban ahora eran las de los fantasmas.

En el templo se burlaron de él cuando pretendió que los fariseos escucharan su confesión y le absolvieran a cambio de devolver las monedas de plata.

—Vive con lo que has hecho, Judas, hijo de Keriot. Con esta hazaña acabas de asegurar tu legado. Tu nombre te sobrevivirá: Judas *el traidor*, Judas *el cobarde*. El dinero es tuyo, Iscariote: es tu carga. No puedes volver a comprar la inocencia de tu alma. Nunca podrá ser como si no hubieras matado antes. Y ahora vete; el verte nos repugna —dijo el fariseo moviendo el brazo hacia toda la congregación, unida en la plegaria y golpeando luego la mano de Iscariote, que dejó caer las monedas en el suelo de piedra.

Judas se arrodilló, como si se postrara ante el sacerdote. Cabizbajo, recogió las monedas. El hombre santo le dio una patada burlona:

—Coge tu dinero ensangrentado y vete, traidor.

Iscariote se levantó torpemente y corrió tambaleándose hacia la puerta.

En el camino a Getsemaní vio la figura de María Magdalena sentada en una piedra. Quiso correr hacia ella, caer a sus pies e implorar perdón. Ella había perdido mucho más que los otros. Levantó la mirada, lo vio y sonrió tristemente. Su sonrisa lo detuvo en seco. Notó el peso de las monedas en la mano. De pronto eran tan pesadas como el amor, y doblemente frías. Ella se incorporó y avanzó hacia él. Judas nunca la había amado más que en aquel instante. Él había ido repetidamente en contra de las enseñanzas del amigo, pero nunca como para llegar a codiciar a la mujer que el otro amaba. Corrió hacia sus brazos y la abrazó, mientras los sollozos le estremecían, aunque no podía llorar. Se había quedado ya sin más lágrimas.

—Lo siento, lo siento tantísimo...

Ella trató de tranquilizarlo, pasándole los dedos entre los cabellos:

—Están buscándote. Mateo los ha enfurecido del todo. Él te odia. Te ha odiado siempre y ahora tiene una buena excusa. Están locos de pena y rabia, Judas. No puedes quedarte aquí, o te matarán por lo que has hecho. Tienes que irte.

—No hay adónde ir, María. Él se ha encargado de eso. Es su venganza —rió amargamente al decirlo—. Yo nunca debería haber... Lo siento. Esto no tenía que terminar así. Y todo esto porque, por muy estúpido que yo sea, no podía evitar amarte.

—Nuestro Dios es un Dios celoso —respondió ella. Su voz sonaba cansada. Aquella voz vacía le hería más que las palabras mismas. Y lloraba con unas lágrimas sin fuerza—. Por favor, vete.

—No puedo —respondió, y sabía que era verdad.

Necesitaba que lo encontraran. Necesitaba sentir las piedras hiriéndole, necesitaba la rabia de ellos quebrándole los huesos. Su vida estaba terminada. El campesino tenía razón: solo le quedaba la clemencia de Dios. Pero ¿qué clase de clemencia? ¿Qué clemencia habría para un suicida con las puertas del cielo cerrándose ante él? La mente de Judas estaba corroída por la duda, como lo había estado durante días. Su amigo sabía que él no sobreviviría con las manos llenas de sangre. Y así y todo le había rogado que lo traicionase. Así que, ¿quizá la lapidación iba a ser una especie de gracia final?

—Por favor...

—No, que vengan. Les plantaré cara y moriré con la dignidad que aún me queda.

Ella se limpió las lágrimas:

—Por favor..., si no por mí, al menos por nuestro hijo —le cogió la mano y la puso suavemente en su vientre.

—Nuestro hijo... —repitió él cayendo de rodillas ante ella.

Le besó las manos y luego el vientre, aplastando el rostro contra el basto tejido de su túnica. Las palabras del fariseo le resonaban en la cabeza: Judas *el traidor*. ¿Qué gran traición podía haber sido? Apretó la bolsa de monedas en la mano:

—Cógelas, te lo ruego. Para el hijo, para ti.

Vio que la vida que iba a perder se reflejaba en los ojos de María. Supo que ella le amaba. Y supo que el amor no era bastante. No podía explicarle lo solo que se encontraba en aquel momento.

Ella le dio la espalda.

Él se separó de ella y comenzó a caminar hacia la muerte. Tuvo tiempo para pensar, tiempo para recordar la promesa que había hecho y tiempo para arrepentirse de ella. Era un paseo lleno de últimas sensaciones. Veía el sol hundirse tras los árboles. Sintió el viento en la cara. Notó en la lengua el aire ácido. Se quitó la ropa y caminó desnudo hacia el huerto.

Le estaban esperando.

No se acobardó ante el odio que leyó en los ojos de ellos. Tampoco se justificó. Quedó desnudo frente a ellos.

—Tú lo mataste —dijo Mateo condenándolo.

Fueron las últimas palabras que Judas Iscariote escuchó.

Mateo tenía una cuerda con un nudo corredizo hecho.

Recibió la primera piedra de Santiago, que le dio en la sien. No la esquivó. No la notó. Tampoco la segunda, de Lucas, o la tercera, que arrojó Juan. Las piedras golpeaban una tras otra, cada vez más fuerte, hasta que Judas cayó de rodillas. Todo lo que él sentía era la agonía del huerto. Mateo se le aproximó y le echó la soga al cuello.

Entonces Judas lloró.

Capítulo 2

Arde conmigo

Eran las dos menos tres minutos cuando llegó andando a Trafalgar Square. Vestida con vaqueros y una camiseta amarilla holgada parecía una turista más, llegada para homenajear a los pensativos leones diseñados por Landseer. Sobre su pecho había dibujado un rostro sonriente. La sonrisa quedaba algo estirada por el abultamiento del pecho. Solo que no era verano. La camiseta amarilla la distinguía de la multitud porque todos andaban protegidos con guantes, gorros de lana y bufandas contra el frío primaveral.

Se quedó inmóvil, como un punto de quietud entre la ajetreada multitud londinense. Destapó la botella de plástico que llevaba y se vertió encima el contenido, sobre la cabeza y los hombros, llegándole el denso líquido hasta el cuero cabelludo. En un instante, el largo cabello rubio se le puso compacto y pegajoso como si no se lo hubiera lavado hacía meses. Olía como los densos gases del tráfico y la niebla sucia que ahogaba a la ciudad.

Algunas palomas se acercaron a los pies del hombre que estaba junto a ella porque había espurreado unas cuantas migas de pan sobre el pavimento. La miró y sonrió. Él tenía un rostro agradable, una sonrisa amable. Ella se preguntó quién lo amaría. Alguien habría, seguro. Tenía el aire feliz de un hombre querido. Y por un instante sintió pena de quienquiera que él iba a dejar atrás.

Los turistas alrededor se dividían en grupos: los que iban en busca de cultura enfilaban hacia la National Gallery. Los más sedientos se dirigían al café de la esquina, los más monárquicos cruzaban la calle para desaparecer bajo el Admiralty Arch hacia Whitehall, los hambrientos tiraban para los restaurantes de Chandos Place y Covent Garden, y los que buscaban diversiones se movían por St. Martin's Lane hacia Leicester Square o el Soho, según cada concepto personal de entretenimiento. Los hombres de negocios marchaban a paso de pingüino, con sus trajes de confección, paraguas, carteras, y taconazos que marcaban el ritmo del negocio diario. Los autobuses rojos atascaban Cockspur Street en la esquina hacia Strand y Charing Cross. La ciudad estaba viva.

Una niña con un abrigo rojo corrió hacia ella, riendo y palmoteando para espantar a los pájaros que comían. Cuando llegó al centro de ellas, las palomas estallaron verticalmente en un remolino de plumas. La niña se partía de risa y gesticulaba persiguiendo a las palomas. Tenía una alegría contagiosa. El hombre buscó en su bolsa otro pedazo de pan para partir. La mujer no pudo evitar sonreír. Se había puesto la camiseta amarilla porque la hacía sonreír. Era importante que hoy, entre todos los días, ella sonriera.

Sacó el teléfono móvil del bolsillo e hizo una llamada.

—Sección de noticias.

La voz al otro lado tenía una amabilidad oficiosa. Cambiaría en un instante cuando empezaran los gritos.

—Se acerca una plaga —dijo ella suavemente—. Durante cuarenta días y cuarenta noches la muerte se apoderará de las calles. Los que estén sumidos en el pecado arderán. La muerte comienza ya.

—¿Quién es? ¿Con quién hablo?

—No necesito decirle mi nombre. Antes de que termine el día usted sabrá todo lo que hay que saber de mí, aparte de un detalle importante.

—¿Y cuál es?

—Por qué lo he hecho.

Acarició el pelo de la niña justo cuando ella espantaba a otra bandada de palomas y estallaba en otra carcajada. La niña se detuvo y miró a la mujer.

—Hueles raro —dijo.

La mujer sacó un encendedor del bolsillo. Giró la ruedecilla contra la piedra, lo encendió y acercó la llama a su cabello. Dejó caer el teléfono al suelo y cayó hacia adelante mientras el fuego la envolvía.

La ciudad gritó a su alrededor.

Capítulo 3

Trece mártires

Noah Larkin estaba echado hacia arriba, mirando hacia el ventilador barato de la, igualmente barata, habitación del hotel. Las aspas temblaban al girar y hacían un quejoso ruido cada cuarta vuelta. La habitación, en el sótano de una vieja casa victoriana de la ciudad, le salía por veinte libras la noche. Como asegura el dicho, «uno tiene lo que ha pagado», y en este caso lo que él había pagado era un repateado colchón con manchas de chinches estrujados sobre él, unas aromáticas sábanas que no habían visto la lavadora desde que la misma reina Victoria ascendió al trono, y marcas de humedad en la pared que trepaban hasta más de media altura.

La luz desde las altas ventanas que daban a la calle era casi inexistente. La habitación olía a sueños empapados en *whisky*, sudor rancio con retrogusto a kebab de hacía una semana. No resultaba una combinación agradable.

Cerró los ojos tratando de disfrutar el resto de sus gastos nocturnos.

En el otro lado de la cama, una mujer ubicaba su considerable peso, haciendo bascular hacia ella todo el colchón. Y uno de los muelles del somier conseguía apuñalar con éxito la espalda de Noah.

La mujer que tenía al lado no era una belleza, pero eso tampoco le importaba mucho. No es que Noah fuera alguien profundo o que mirase más allá de la belleza enga-

ñosa. Ni lo uno ni lo otro. Al igual que la habitación, ella había salido barata, y al igual que la habitación, se tenía lo que se había pagado. La cosa no iba de sexo. Ni la había tocado. Sencillamente quería que alguien durmiese a su lado.

Por supuesto que no podía dormir. Afortunadamente, sonó su móvil. Palpó sobre la mesilla de noche hasta dar con él.

—Aquí Larkin —dijo, tras desplazar la tapa.

—¿Dónde coño estabas? —El tonillo irlandés de Ronan Frost le salía más fuerte cuando se cabreaba. Solo con esa frase un lingüista sabría hasta la calle de Londonderry en la que había nacido.

Noah miró a la prostituta que tenía al lado. Las tiras de su sujetador rojo se vencían por el peso de los años. Abrió los ojos. Sus ojos vagaban perdidos, como los del poema de T. S. Eliot, «Los hombres huecos». Sonrió a Noah.

—Preocupado —respondió a Frost.

—Vale. Pues deja de tocarte los cojones y déjate caer por aquí, soldado. El ventilador ha repartido ya la mierda.

—Allá voy, jefe.

Frost dio un gruñido al otro lado de la línea.

Noah apagó y volvió a dejar el teléfono en la mesilla. Al lado, la fosforescencia del despertador intentaba convencerle de que era medianoche. No se lo creyó en absoluto.

Se levantó de la cama.

La prostituta se apoyó sobre un codo, estudiando el cuerpo masculino desnudo. Ella llevaba aún puesto el sujetador que no podía ocultar las amplias formas de sus flojos pechos.

Noah sonrió. Le gustaba un cuerpo que hubiese vivido. Pensó que podía haber pagado una linda cosita joven. Pero es que no se trataba de sexo, sino simplemente de sentir a alguien respirando a su lado. Le hubiera dicho algo, pero no se acordaba de cómo se llamaba. En su lugar sacó la

cartera, cogió unos cuantos billetes, los dobló y se los ofreció.

—Es demasiado —dijo ella mirando al dinero. Lo era. La hubiera pagado para toda una semana.

Noah se encogió de hombros.

—Pongamos que es un extra por no haber tenido que hacer todas las cosas serias y profundas mientras nos abrazábamos —enrolló los billetes y se los introdujo por el sujetador—. La habitación está pagada por esta noche. Tómate un buen desayuno por la mañana.

Se dirigió a su lado de la cama, se inclinó y la besó tiernamente en la frente. Era un gesto sorprendentemente íntimo y tierno. Ella alargó el brazo y le acarició la cara, deteniendo las uñas pintadas de rojo sobre la cicatriz que cruzaba la sombra de la barba crecida. Por un momento, podrían haber sido amantes, pero el dinero enrollado en su sujetador disipó la ilusión de inmediato.

Noah la dejó en la cama. Fue al cerrar la puerta tras salir cuando recordó su nombre: Margot.

Salió a la calle. Las luces callejeras de un amarillo sodio se reflejaban en el asfalto. Una oronda rata correteó desde un montón de bolsas de basura de plástico sobre la acera. No importa dónde vivas en Londres, nunca vives a más de tres metros de una rata. Eso dicen.

El Austin Healey deportivo modelo 1966 de Noah estaba aparcado junto al bordillo. Parecía una reliquia de tiempos más nobles y mejores, rodeado de la tediosa uniformidad de los BMW, los Volvo, los Citroën y los Ford aparcados a lo largo de la calle. Los laterales del Austin eran color beige, rematados en líneas oro y negro. La capota de cuero negro estaba bajada. Se había enamorado de aquel vehículo cuando era una piltrafa sobre ladrillos en un patio en la zona de Clapham Common. Vio algo en él. Era como esas balas que dicen que llevan el nombre de uno, destinadas a alcanzarnos. Los documentos de propiedad indicaban que la fecha de venta había sido el 27 de marzo de 1966. Le

gustó la idea de un coche nacido el mismo día en el que el perro Pickles encontró en unos setos del sur de Londres la copa del mundo que había sido robada días antes. Noah se había gastado miles de libras y cientos de horas en restaurar el coche. En realidad, el coche se había convertido en una constante en su vida: la única cosa que amaba. Sin duda un psiquiatra listillo habría apuntado a una infancia desvalida y a una falta de caricias cuando se caía y se hacía daño en las rodillas. O eso, o que cada vez que entraba en el coche pensaba edípicamente en su madre. A veces, sin embargo, el coche era simplemente un coche, y el amor de aquel hombre era sencillamente el amor de un hombre por los radios del volante y el salpicadero de nogal.

Puso el vehículo en marcha y lo separó de la acera.

De noche, Londres era un animal extraño. Estaba vivo en las feromonas del adulterio, el peligro y actos de violencia sin sentido. Pero como el Nueva York de Frank Sinatra, era su ciudad. En la esquina adelantó a un perro a tres patas tratando de orinar contra la pared sin perder el equilibrio. Delante de él, dos chicas caminaban cogidas del brazo por la raya blanca que dividía la calle. Les dio una pitada, las esquivó y aceleró hasta cien por hora en un par de segundos, para detenerse en seco ante el semáforo en rojo. A Noah le encantaba la ilusa libertad que le proporcionaba el viento contra su cabello, aunque fuera breve.

Esta parte de Londres tenía tres niveles de existencia: el metro, el nivel de la calle con sus veloces grafiteros, sus lugares de comida rápida, tiendas de ropa de rebajas, de artículos electrónicos o floristerías, y el nivel superior, con su extraña arquitectura que la gente desde abajo estaba demasiado ocupada en percibir. Los escaparates se ocultaban tras persianas metálicas, y las persianas metálicas tras diversos grafitis y códigos de bandas pintados con *spray*. Nunca se acostumbraba al gran vacío de la ciudad por la noche. No es que la ciudad estuviese muerta. Nada de eso. Era como un vampiro. A partir de la media noche la única gen-

te que salía eran los que por una u otra razón tenían miedo a la luz del sol.

Sujetando el volante entre los muslos, se inclinó sobre la caja de CD junto a la palanca de cambios y cogió el que buscaba. Ignorando los semáforos, torció a la izquierda hacia Belgrave Road a ciento veinte y se lanzó por Pimlico abajo, metiéndose en Vauxhall Bridge Road a casi ciento cincuenta kilómetros por hora.

Mientras cruzaba el Támesis, la melancólica voz de James Grant se preguntaba quien en su sano juicio querría vivir en esta ciudad llena de miedos. Era una pregunta comprensible. Pero Noah amaba Londres. Vivía y respiraba la ciudad, pero de entrada nadie podría describirle como un hombre en su sano juicio.

La aguja del velocímetro solo bajó de los ciento cincuenta al desviarse hacia Ashmoor y la mansión Nonesuch. Subió el volumen conforme la carretera se abría ante él, y se sumergió en la música. Noah dejó luego la carretera principal a una milla de Ashmoor y tomó un empinado carril que se ondulaba y vibraba junto a los prados hasta llegar a la avenida flanqueada de tilos que indicaba el camino hacia Nonesuch. Al salir de la ciudad la oscuridad se había vuelto completa. Se habían ocultado las estrellas. Las ramas quedaban bajas, susurrando al paso del Austin. Vio ante sí las altas puertas de hierro de la mansión Nonesuch. Dos gárgolas grotescas le observaron llegar. Las gárgolas estaban encaramadas en lo alto de los pilares, y sus ojos habían sido sustituidos por cámaras de vigilancia.

Noah disminuyó la velocidad; los neumáticos crujían sobre la gravilla por el sendero que terminaba en la casa. El camino estaba aquí bien iluminado. Alrededor de él las potentes luces inventaban formas demoníacas que se inclinaban en el viento. Se detuvo junto a la Ducati Monster 696 de Ronan Frost. Era la única moto allí. El resto eran coches, y cada uno de ellos tenía algo especial. Había un Lamborghini Diablo con salpicaduras de barro en los laterales, un